

La más estricta de las teorías generacionales de la literatura chilena establece que la Generación Neorrealista, o del 38, cumplía su vigencia entre los años 1950 y 1964. En esta última fecha, según tal teoría, las letras chilenas veían desaparecer, como vigente, a una promoción para dar paso a otra, la Generación Joven ó del 50, cuya vigencia alcanza hasta 1979. Participemos o nó de tales preferencias historiográficas (y por cierto yo no lo hago), lo cierto es que no deja de llamar la atención que un número no despreciable de escritores neorrealistas publican, justamente alrededor del año de término de su vigencia, obras que se muestran casi como "memorias" ("monumento que queda a la posteridad para recuerdo o gloria de una cosa"). Así, por ejemplo, **Mañana los guerreros** de Fernando Alegria (Zig - Zag), 1964), **El rumor de la batalla** de Luis Enrique Délano (Austral, 1964) y **A la sombra de los días** -de Guillermo Añas (Zig - Zag), 1965).

Las tres novelas señaladas reproducen, con diversa profundidad y calidad, los relevantes acontecimientos sociales, políticos y económicos que remecieron a Chile y al mundo en los últimos años de la década del 30. La Guerra Civil Española, el nacimiento del Frente Popular, la matanza del Seguro Obrero y, sobre todo, el triunfo de la izquierda en las elecciones de 1938, acontecimiento que sintetiza fuertemente a la época y con el que están comprometidos, en forma directa, la mayoría de los integrantes de la generación, son episodios comunes que se encuentran en las páginas de las obras citadas. Ya en novelas anteriores de la promoción se encontraban tales episodios, pero ahora su visión está tocada de una suerte de objetividad autocrítica, que nace del tiempo transcurrido desde que aquellos tuvieron lugar.

En este último sentido es particularmente interesante la obra de Guillermo Añas. Nacido en Ovalle el 6 de febrero de 1917, Añas se inició en las actividades literarias colaborando en diversas revistas chilenas ("Multitud", "Extremo Sur", "Pro Arte") siendo recogidos sus primeros cuentos, que firmaba con el pseudónimo de Anuar Añas, en antologías del género. Su primera novela, **El tiempo banal** (Nascimento, 1955; Premio de Novela del Sindicato de Escritores de Chile en 1954, y Premio Municipal de Novela 1956) llamó favorablemente la atención de la crítica.

El tiempo banal trata de dar una imagen veraz de Santiago, ciudad a la que está dedicada la obra, a través de la vida de una pareja de la clase alta y de otra, compuesta por un cartero y su mujer. Entre ambos

estratos se mueven, y sirven de nexos, dos bohemios: Cora y Alberto. Es este último el que, a través de sus reflexiones, explicita el sentido de la obra y de su título: "El tiempo banal. Existe un tiempo de la nada, cuando los desarrollos se gestan. Hay una germinación oculta, más allá de la conciencia del hombre, de la representación de las cosas. Los hombres sospechan cuando está ocurriendo e, impotentes, aguardan y callan.

Todo acto resulta arbitrario cuando se trata de forzar ese instante incierto. Para no desesperar, las personas se recogen en sí mismas, se preparan para afrontar las nuevas formas que las obligarán a decidirse".

Junto a ese trasfondo discursivo, suele observarse una intención social, ambivalente que puede advertirse también en la segunda obra de Añas: **A la sombra de los días**. Esta novela cubre un lapso de treinta años, que corren desde 1933 a 1963 y que se iluminan gracias a las peripecias de sus tres personajes principales: Mauricio Gálvez, antiguo socialista y miembro del Comité Central del Partido en la época del triunfo del Frente Popular; Lambert, un profesor de francés del Instituto Santiago, entremezclado con los grupos nazis, pero sin ideología definida, y Sara, amante de: primero y esposa del segundo.

La novela se inicia en 1963, ocasión en que Gálvez acude a Renca en donde ha programado una de sus furtivas, pero ya habituales citas con Sara. A través de una serie de relatos que se entremezclan con las dos líneas principales de acción, se va iluminando el ambiente propio de la época. Desfilan así por sus páginas el descontento de las bases de los partidos populares gobernantes, el aburguesamiento de sus dirigentes, el desequilibrio colectivo de los grupos nazistas, el sangriento episodio del Seguro Obrero, etc. Lo fundamental de la obra reside en el sentimiento de fracaso que envuelve a todos sus personajes. La vida que por allí en la década del treinta se anunciaba luminosa y promisoriosa, es ahora, en los años sesenta, vacua y gris; los seres que desfilan **A la sombra de los días** han fracasado pública y privadamente.

Hasta aquí los anteriores libros de Añas. Examinemos ahora su más reciente obra **...Y corría el billete** (Santiago, Quimantú, 1972, 129 pp.) "novela panfletaria", según la subtitula el autor.

El argumento es simple: un trabajador de una industria textil intervenida es pagado por el ex-dueño de la fábrica para que, poniéndose en relación con los dirigentes obreros del sindicato, entregue informaciones que permitan el sabotaje de la produc-

ción, acción en que están empeñados también otros trabajadores vendidos. La labor principal que se le asigna al protagonista, Mario Caro, incluye la seducción de una delegada comunista de los trabajadores; es justamente a través de su relación con ella que el traidor empieza a tomar conciencia de su felonía: en un momento determinado lo sucio de la labor en que está empeñado se le aparece con singular claridad: decide entonces denunciar a los saboteadores y denunciarse a sí mismo, ante sus compañeros de la industria; no alcanza a hacerlo, el resto de los complotadores lo asesinan.

La historia se reproduce a través de monólogos interiores de diversos personajes: en primer lugar, y con mucha preponderancia sobre los demás, de Mario Caro, el protagonista; también, en menor rango, del ex-dueño de la fábrica, acaudalado industrial árabe a quien se llama Don Miguel; del hombre de confianza de éste, Don Germán, espécimen aristocrático criollo; del chofer de don Germán; del jefe del grupo de saboteadores, Lautaro (?); de la delegada comunista, etc. Por cierto aparecen también otros personajes, hay también en la acción otros motivos, pero lo fundamental se reduce a lo anotado.

El prólogo de **...Y corría el billete** la caracteriza como "... una novela que nace vigorosa de nuestra propia realidad, (que) recoge ágil y fielmente tensiones y conflictos que se encuentran efectivamente en la vida cotidiana de la sociedad chilena, en el campo, en la ciudad o en las minas", y efectivamente es posible encontrar en la obra una captación de los aspectos más inmediatos de la realidad chilena actual. Pero es justamente esa inmediatez, la falta de elaboración del material, cierto apresuramiento ostensible lo que conspira contra la calidad de esta novela.

No se trata, por no corresponder a este nivel de la discusión, de invocar el carácter necesariamente burgués de la novela como "género literario del universo de la degradación"; tampoco de embarcarse en largas disquisiciones sobre la triple diferencia anotada, entre otros, por Trotsky, entre literatura proletaria, "expresión escrita del proceso molecular del ascenso cultural del proletariado" y literatura socialista; se trata simplemente de que esta obra no alcanza el apreciable nivel de la anterior producción novellística de Añas.

Y al decir esto no queríamos que se nos asimilase a los críticos que, como dice el prólogo de **...Y corría el billete**, "han luchado siempre por mantener a nuestra realidad inexpressada".